

co, tuvieron que abandonar los dos cañones que pensaban utilizar como principales argumentos y muchas armas, volviendo hacia la capital del cantón más que deprimidos.

Antes, la bolsa o la vida sólo se pedía en los caminos; hoy hemos progresado mucho en la materia.

El Gobierno dictó ayer disposiciones muy severas contra el coronel de la Guardia civil Sr. Freixa, que será dado de baja en el ejército y sujeto al fallo de una sumaria.

La noticia de haberse pasado dicho jefe a los carlistas está confirmada por un telegrama de San Feliú de Llobregat, en que se manifiesta que algunos oficiales y muchos guardias le habían abandonado al verle abrazarse a Tristany.

Anoche, sin embargo, telegrafió al Gobierno, según se asegura, el mismo coronel Freixa, desde Molins de Rey, dándole conocimiento de haberse acantonado con su fuerza en aquel punto, para no reconocer la autoridad de la junta revolucionaria de Barcelona.

Hay interés en desprestigiar al benemérito instituto de la Guardia civil y el Gobierno debe vivir muy prevenido.

Los federales quieren justicia, pero no por su casa. Mientras sólo se trate de fusilar carlistas o desuavizar reaccionarios, la sensibilidad federal permanece embotada. Todo bueno; el rigor es hasta saludable.

Mas no hay que pensar en mirar con malos ojos a la familia aunque se trate de los miembros rebeldes, porque hasta ese punto pueden llegar las bromas. ¿Qué federal puede decir «yo no me revelaré»?

El Sr. Sainz de Rueda presentó en la sesión de ayer tarde una enmienda para que se sustituyera la palabra «carlistas» del art. 1.º del proyecto de contribuciones extraordinarias por la de «los que auxilian los trastornos de la patria», y aquí de los federales, aquí de la minoría, que no tenía pulmones suficientemente poderosos para lanzar un no más rotundo que un anatema.

La Política refiere lo ocurrido entre la fragata prusiana *Federico Carlos* y la española *Vitoria*, al abandonar esta las aguas de Alicante, en términos muy diferentes de lo que se ha dicho por algunos periódicos.

He aquí la versión del citado colega: «El *Federico Carlos* se presentó a la vista del puerto, procedente de Baleares. Tan pronto como fué avistado por la tripulación de la *Vitoria*, esta levó anclas y se hizo a la mar, temiendo sin duda ser abordada en su fondeadero. Al observar la *Federico Carlos* que la fragata llevaba tres banderas, la una española, roja la otra y tricolor la última, la consideró como buque sospechoso, caló sus mástelos, metió el bauprés y haciendo zafarrancho se preparó al combate. Entonces la *Vitoria* viró a Poniente, evitando el encuentro de la *Federico Carlos*, y emprendió el rumbo a Cartagena.

La *Federico Carlos* se mantuvo a la vista hasta que la *Vitoria* se hubo alejado gran trecho, y entonces entró en el puerto. Su comandante, que no tenía noticia del decreto del Gobierno declarando pirata a la *Vitoria*, puso el hecho en conocimiento del representante de Prusia en Madrid, el cual, después de conferenciar con el ministro de Estado, le dio instrucciones por telegrama.

Se cree que la *Vitoria* no volverá a salir de Cartagena, pues se asegura que, al llegar allí el decreto del Gobierno a que nos hemos referido, se suspendió el armamento de dos buques que se estaba llevando a cabo.

Ayer tarde quedó aprobado el proyecto de contribución de guerra a los carlistas, que con tanta urgencia pedían los federales de Cataluña.

También se presentó al Congreso otro proyecto llamando a las armas a todos los entalanes útiles para la guerra, de 20 a 35 años, los cuales constituirán una milicia forzosa, y de los que se sacarán los necesarios para formar los batallones que la Junta de Salvación estime oportunos.

No podrá quejarse la Junta de salvación y defensa de Barcelona de que el Gobierno central no se muestra deferente con sus indicaciones, aunque algo irrespetuosas. Las demás gollerías que pide en su telegrama no son cosa tan del momento, pero ya se procurará complacerla, sin que parezca una imposición que nunca admitiría un Gobierno enérgico, aunque hasta ahora sólo lo sea teóricamente.

El despacho-programa de la Junta salvadora de Barcelona dice así:

«Las circunstancias por que atraviesa Cataluña reclaman energía y decididamente se tomen prontas y eficaces medidas que, al peso que sirven para combatir a los carlistas, cuya importancia va creciendo cada momento, eviten la gran complicación que llevaría a la Nación la proclamación del Estado catalán. Esta Junta, creada a impulso del más acrisolado patriotismo y autorizada su constitución por el antecesor de V. E., se halla compuesta de representantes de las diputaciones provinciales, de los diputados a Cortes residentes y presidida por las autoridades civil y militar, considera que hoy deben llevarse a cabo y no admitir demora alguna las siguientes proposiciones que tiene acordadas: 1.ª La adquisición forzosa de 50,000 fusiles. 2.ª El servicio forzoso de los ciudadanos de 20 a 40 años en la Milicia republicana. 3.ª Que queden a disposición de esta Junta los productos de todas las rentas y contribuciones de las cuatro provincias, quedando en entregar al Gobierno, tan luego se haya terminado la guerra, el sobrante que resulte. 4.ª Exigir un anticipo forzoso del 5 por 100 sobre el producto líquido imponible de contribución territorial e igual tipo a la industrial. El cobro se efectuará por mitad en 1.º de Agosto y 1.º de Octubre. Oportunamente se acordará la forma del reintegro. 5.ª Exigir la contribución de guerra a los carlistas en la forma que tiene ordenada el Gobierno. 6.ª Proceder a la recaudación de los atrasos de contribuciones en que se encuentran los pueblos. 7.ª Reorganizar el ejército de Cataluña y sujetarlo a ordenanza, aun cuando para ello tenga que modificarse en parte la existente. 8.ª Y, finalmente, batir al enemigo en todos los terrenos, hacer orden y salvar a todo trance la república democrática federal.

Sírvase V. E. acordar lo que considere procedente. La Junta necesita para obrar un voto de confianza completo del Gobierno y el decidido apoyo del mismo. La Junta no se impone, lejos de ello se halla dispuesta a retirarse desde luego haciéndolo así declinando su responsabilidad y asegurando que su retirada ha de ocasionar nuevos conflictos y aumentar las complicaciones en que se halla envuelta nuestra desgraciada España. Si, por el contrario, el Gobierno considera que debe concederse un voto absoluto de confianza, los individuos que componen la Junta se hallan dispuestos a hacer toda clase de sacrificios para salvar el orden, la libertad y la república democrática federal, y evitar la disgregación y perturbación de la nación española. Esperamos al presidente del poder ejecutivo, ó le suplicamos de nuevo nos señale hora para comparecer al habla, rogando sea cuanto antes.

Los partes leídos ayer por el ministro de la Gobernación en la Asamblea, poco antes de ter-

minar la sesión, son desfavorables respecto al Norte; pero no tanto relativamente a Andalucía y el Este de España.

Bilbao se encuentra rodeado por fuerzas carlistas considerables, y, no habiendo tropas disponibles para salirle al encuentro, se dispone aquella población a sufrir un sitio ó un brusco ataque, cuyas consecuencias no pueden ser calculadas.

En cuanto a Andalucía, se tiene aviso de haber llegado el general Pavía con sus tropas a la Carlota, y que seguía en dirección a Ecija. Es probable que hoy se halle a la vista de Sevilla.

El general Martínez Campos llegó ayer a Albacete y continuó su viaje a Alcaira: hoy podrá a su vez acercarse a Valencia.

Los insurrectos de Béjar se hallaban tan divididos, según los partes, que, lejos de emprender su expedición a Salamanca, amenazaban llegar a las manos. Esto es lo más federal que puede desearse.

Las noticias del Norte y Cataluña han hecho salir a la plaza los títulos del empréstito de D. Carlos emitidos en 1871, y han encontrado comprador al 18 por 100.

En cambio el papel de la Deuda consolidada del Estado ha quedado hoy a 16. El comentario es inútil: las cifras bastan para decirlo todo.

Hemos oído decir que al presentarse al Gobierno la comisión de propietarios y comandantes de la Milicia de Valencia, el que llevaba la palabra encarecía la buena disposición en que se hallan los voluntarios de aquella ciudad de sostener el orden. Sin embargo, alguno de los comisionados parece que dijo al paño al ministro, que, a pesar de esas protestas sería bueno que enviase a la ciudad del Cid el mayor número de tropas posible.

Anoche circulaban rumores alarmantes acerca del estado de subordinación en que se encontraban las tropas de la columna del general Velarde.

Entre los varios rumores que circulaban ayer acerca de la actitud del ejército, era uno de ellos, según un diario de anoche, que el general Ripoll con la columna de su mando se había decidido por los sublevados de Sevilla, hacia cuyo punto se había dirigido con sus tropas.

A nosotros no sólo no nos consta la exactitud de esta noticia, sino que, lejos de darla crédito, atribuimos la marcha sobre Sevilla de la columna de Ripoll, más que a otra cosa, a rivalidades entre este jefe y el nombrado para sustituirle, general Pavía.

Parece acordado en Consejo de ministros llevar a cabo decididamente la organización de 80,000 hombres. Los generales Martínez Campos y Pavía llevan, según parece, instrucciones precisas sobre este particular para sacar los mozos en los pueblos donde lleguen sus columnas. Los diputados por Castilla, Aragón, Galicia y Asturias deben reunirse hoy ó mañana por invitación del Gobierno para excitar a sus distritos a la realización de este propósito.

Nos parece que *La Epoca* está en lo cierto al expresarse de esta manera:

«Ha comenzado la debilidad, ó como vulgarmente se dice el pasteleo, entre el Gobierno y los intransigentes. Se conferencia mucho y se presentan caminos viables para un arreglo más o menos próximo. Es probable que el Gobierno ceda al establecimiento legal e inmediato de los cantones, conforme lo tiene ya indicado la minoría, y en cambio se le concederá al Gobierno que la Constitución quede aprobada en globo ó en su totalidad, y que se suspendan las sesiones hasta Octubre, época en que comenzará a dictarse por artículos. Mientras tanto regirá la actual Constitución con las indicaciones antes concertadas. Creemos que los sucesos que ocurren son tan graves, que no es este el remedio más eficaz para contentarlos, sino la manera para que aumenten los conflictos y acabe de perderse el país.

El ministerio empezaba bien y, sin embargo, quiere perderse: si se perdiera, sólo le dejaríamos obrar a su gusto; pero es el caso que perderá también la sociedad. Veremos si nos nuestros temores exagerados.

Entre los federales que ocupan el poder y los federales que sublevan las provincias, no existe otra diferencia que la que media entre el que manda y el que quiere mandar.

Nómbrese presidente del poder ejecutivo a Contreras, y Salmerón se declarará intransigente. El uno significa la anarquía en acción, y el otro la anarquía mansa.

El dictador gaditano Salvachén ha decretado varios impuestos, que empezarán a cobrar-se a fines del presente mes. Entre otros, sabemos que se grava a los inquilinos con el 30 por 100 del importe de los alquileres, y además otros impuestos sobre criados, perros, carruajes, etc.

La existencia en Cádiz, ya suficientemente cara, con tan suaves medidas, se va a hacer imposible después de la declaración de su independencia cantonal.

Los imperialistas se han reunido para acordar la conducta que deberán seguir en los debates sobre la interpelación de M. Favre; y han resuelto apoyar al Gobierno decididamente, aun cuando respecto a dar más facultades a la comisión de permanencia, que es otro de los puntos en que la reunión se ha ocupado, hubieran preferido darselas al Gobierno, en el que tienen confianza de que ha de llevar a cabo su propósito de afirmar la paz y el orden.

Ya indicamos ayer que una parte de los diputados de la derecha había adoptado las ideas de M. Rouher respecto a conferir al Gobierno facultades para proceder contra los que atacan a la Asamblea durante las vacaciones parlamentarias, conforme con la proposición de M. Tallon, aceptada por la segunda sección.

Sin embargo, según leemos en la *Liberté*, la comisión que entiende en el asunto se reunió el 19, y después de desechada la proposición de M. Tallon, y procedió al nombramiento de relator, cuyo resultado no era conocido a la salida del correo, si bien se aseguraba que el elegido había sido M. Depierre, a quien disputaba el puesto M. Lucien Brun.

El mismo periódico, dedica un artículo, firmado por Leonce Detroyat, a la defensa de la proposición Tallon-Rouher, cuya tendencia es que en lugar de una responsabilidad colectiva y por tanto ilusoria, se establezca una respon-

sabilidad real; la responsabilidad ministerial. Esto, concluye diciendo la *Liberté*, es lógico y parlamentario. Fuera de esto, es preciso que la Cámara, ó se resigne a prorrogar sus sesiones como lo ha hecho hasta ahora, desdenando los ataques y arrojando las injurias, ó que se constituya en un Parlamento largo, semejante al que fué llamado así en Inglaterra, en tiempo de Cromwell, con sesiones continuadas, admitiendo por tanto el principio radical de las Asambleas permanentes.

En la sesión del 18 del corriente celebrada por la primera Cámara holandesa, M. Urias, presidente del Consejo de ministros, contestando a una interpelación de M. Goltstein, declaró que el Gobierno reflexionaría maduramente lo que debería proponer al Rey acerca de la dimisión del ministro de la Guerra.

El presidente del Consejo insistió en el carácter grave que presenta la situación actual, si se tiene en cuenta que la legislatura ha terminado, que las elecciones han dado por resultado la misma división en los partidos (lo cual hace más difícil la elección de los ministros) y que la guerra con los atehinos no ha concluido aún. Antes, pues, de someter su parecer al Rey y esperando la decisión del Soberano, el ministro no quiso hacer otras comunicaciones a la Cámara.

Según el *Ordre*, de algunos días a esta parte se han notado muchas idas y venidas en los alrededores de los cuarteles de París, de algunos emisarios de la sociedad titulada de *La Cruz en el aire*, a consecuencia de lo cual el general comandante ha prescrito la más estricta vigilancia a los coroneles de los regimientos de la guarnición.

Según los artículos de la ley vigente en Francia, toda persona que sea sorprendida tratando de seducir las tropas debe ser juzgada por un consejo de guerra.

La *Liberté* recibida ayer se felicita de la caída del día llama «inbecil Gobierno del pseudo dictador Pi y Margall», y de que le haya sucedido un Gabinete homogéneo de la mayoría conservadora, del cual pueden esperarse las medidas energéticas que imperiosamente reclama la salvación de la Península.

Allá veremos lo que el cambio da de sí. No es cosa de alegrarse demasiado pronto, por si hay que entristecerse luego.

Los periódicos franceses, sin distinción de colores, salvo el comunista, repudian, como era de esperar, los acontecimientos ocurridos en varias ciudades importantes de España, ensangrentando su suelo. Al mismo tiempo censuran al Gobierno español que tolera semejantes escándalos, simpatizando casi con los malvados que los ejecutan; y no tienen frases bastantes para anatematizar al presidente del poder ejecutivo, que se atreve a decir que los cambios que ahora se están operando en España, no producen sino los acontecimientos ordinarios que son naturales.

Ante esa indiferencia criminal por los delitos más odiosos como el asesinato, la violencia, el incendio, el saqueo de los establecimientos públicos, los ataques a la religión y a la propiedad, ante esa indiferencia se sublevarán todas las conciencias honradas.

M. Favre se permitió en una de las sesiones llamar conspiradores a los diputados de la mayoría que cambiaron el Gobierno en 24 de Mayo. Terrible castigo recibió esa impudencia con la contestación del duque de Audifret-Pasquier, que le apostrofó diciendo: «Nosotros jamás hemos formado complotes contra Gobierno alguno; ni hemos echado a la representación nacional y aprovechado las desgracias del país para tomar el poder y conservarlo contra su voluntad».

Después de esto réplica, M. Jules Favre no tuvo por conveniente decir nada.

De notar es la conducta de los hombres políticos franceses, sea cual fuere su opinión, y su contraste con la que se observa en España. En Francia, los que reciben una lección merecida callan al menos. Aquí muy al contrario, los que echaron a la comisión permanente de la Asamblea primero, y luego a la misma Asamblea han tenido el descaro de sostener que han hecho bien: han acusado de conspiradores a los que usaban de su derecho, y después de haber con su conducta incitado al país en la anarquía, todavía se atreven a figurar en política, aunque haya alguno que se haya anulado acaso por no poder hacer otra cosa.

Escriben de Versalles a la *Agencia Havas* que en la reunión del Centro derecho el duque de Audifret-Pasquier mostró tal confianza en el Gabinete, que se proponía presentar por sí mismo una orden del día en este sentido en la sesión del lunes.

Esta declaración del duque de Audifret-Pasquier es muy importante, pues se había esparcido el rumor de que el duque había pensado en reemplazar a M. de Broglie.

SUCESOS DE VALENCIA

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la interesante carta, que a continuación insertamos, en que se dan algunas noticias y explicaciones interesantes acerca del cambio político operado en la ciudad del Turia, en cuya virtud se ha constituido en cantón independiente.

Valencia 22 de Julio de 1873.

Sr. Director de El Eco de España. Muy señor mío y apreciado amigo: La importancia de los acontecimientos de esta capital, mal conocidos e inexactamente apreciados por algunos periódicos, bien merecen algunos renglones escritos con imparcialidad.

Valencia, con su fama voluble y levantisca, ha venido dando un gran ejemplo de senectud durante un largo período. La seguridad individual y la propiedad han estado garantidas como en ninguna otra parte de España y el sentimiento católico de tal manera ha sido respetado, que para honra de Valencia, las autoridades republicanas han figurado al frente de nuestras grandes solemnidades religiosas celebradas después de la proclamación de la república con toda la brillantez de los mejores tiempos.

Acaso a lo profundamente arraigado de las creencias de los valencianos y al respeto que a esas creencias se ha dispensado, se debe que en los momentos de mayor anarquía para la Nación, fuera Valencia envidiado modelo de tranquila paz.

A ello ha contribuido principalmente la notable conducta de los voluntarios de la república que, sien-

do garantía de orden en esta capital, apenas han aparecido en público hasta estos últimos días, ni han revelado su existencia más que en los momentos en que han accedido a las órdenes de la autoridad, ó en las horas libres de trabajo, en que tranquila y ordenadamente se reanuda alguna compañía para su instrucción.

Tan laudable conducta en las difíciles circunstancias por que atraviesa la Nación había despertado la gratitud de todas las clases de Valencia, entre las que se había manifestado diferentes veces la idea de dar a los voluntarios un público testimonio de los sentimientos que habían sabido inspirar.

Estallaron las huelgas, y las necesidades del servicio dejaron sin tropas a la capital. Entonces los voluntarios fueron nuestra única garantía; y merced a su actitud, las huelgas se dominaron fácil y rápidamente, y no sería muy aventurado asegurar que se alejó de Valencia la terrible nube que la amenazaba, y que estalló después sobre la infortunada Alcoy.

Entonces tomó forma el pensamiento que Valencia abrigaba. En un círculo no político, surgió la idea de una suscripción en favor de la Milicia. Al calor de aquella idea, se asociaron a la propiedad, la industria y el comercio, que se fundieron en una Junta, que después se ha llamado Asociación Valenciana, y cuya presidencia se encomendó al señor marqués de Cáceres, presidente de la Liga de propietarios, que en este concepto se había adherido al pensamiento, y que al renunciar aquel cargo, movido por consideraciones de delicadeza política, se vió obligado con tenaz empeño a aceptarlo, y hubo de ceder ante la consideración de que en nada se rozaba con la política aquel acto de reconocimiento de la ciudad de Valencia.

Esta es la verdad de los hechos. Ni la presidencia del señor marqués de Cáceres tuvo el carácter político que algún periódico de noticias se ha permitido suponerle, ni las sumas de la suscripción tenían otra aplicación que la de entregarlas a los comandantes de los batallones para que las destinasen a los objetos que creyesen preferentes en beneficio de los voluntarios.

Este suceso, nueva ocasión de hacerse dignos de la gratitud de Valencia ofreciéndose primero, y marchando después, sobre Alcoy en los momentos de la horrible catástrofe de aquella población, conducta que les mereció después una recepción entusiasta de Valencia, ya entonces representada por la Asociación de la propiedad, de la industria y del comercio, y que al par se ha interpretado como una solemne protesta contra la internación.

De esta manera, por la fuerza de los acontecimientos y por el buen sentido de todos, la importancia de la cuestión social se ha sobrepuesto a todos los intereses políticos, y Valencia unida, compacta en un mismo pensamiento ha podido vencer hasta hoy la última y gravísima crisis que está atravesando sin que se haya verificado una gota de sangre ni derramado una lágrima.

El creciente y fatigador aumento de tantas calamidades como pesan sobre la Nación, regida por un Gobierno que no ha tenido fuerza ni voluntad para remediarlas, la impunidad de los crímenes de Alcoy, la demora inconcebible en los trabajos para la constitución del país y la prolongación y los incidentes de la última crisis, hicieron que en Valencia, que deseaba el orden y había sabido conservarlo por su propio esfuerzo, manifestasen algunos espíritus impacientes su deseo de encontrar en el cambio político inmediato el remedio que en vano se esperaba de Madrid.

Si esas impacencias fueron fomentadas ó explotadas por quien tenía el deber de templarlas y acallarlas, lo dirá la historia del último Gabinete. No queremos consignar aquí manifestaciones de quienes debieron conocer la verdad, por más que esas manifestaciones hayan sido bastante públicas.

Ello es cierto que con meditación escasa, y contra la opinión que había llegado a ser casi unánime de los voluntarios y de Valencia, esta capital se anticipó a los trabajos de sus tardos y distraídos legisladores y se constituyó en cantón con cierta independencia y en perjuicio de sus propios intereses, en los momentos en que la solemnidad comercial de la anual feria en la más tranquila capital de España ofrecía seguras ventajas a este productor y laborioso pueblo.

El paso estaba dado; los que lo resistieron comprendían su inmensa trascendencia, y para atenuar las graves consecuencias que amenazaban, es para lo que las clases todas de Valencia han hecho un supremo esfuerzo, que la Nación y el Gobierno nunca agradecerán bastante.

Nombres como el de Cáceres, Pérez Pujol, Boix y Fontanals, salieron espontáneamente del voto de los voluntarios de la república, constituidos en electores de una Junta provisional. Con esos nombres salieron de la urna los de personas tan entusiastas por la idea federal como decididas por la conservación del orden. Los voluntarios acreditaron una vez más ser dignos de la gratitud y de la consideración de Valencia.

La rigidez de los principios políticos del marqués de Cáceres le prohibieron ocupar el puesto para el que se le designó, y en momentos de tan grave crisis para Valencia se le había designado, y el marqués de Cáceres, siempre digno y consecuente, y a quien Valencia entera aprecia y respeta, dimitió resueltamente aquel cargo.

A aquella dimisión siguieron las de los Sres. Pérez Pujol, Boix y Fontanals, y tras estas amenazas continuas las de muchos otros individuos en quienes se cifraba la esperanza del orden.

Los momentos eran críticos y angustiosos; la alterada presencia una inmensa gravedad; la Junta nombrada, representando a todas las clases sociales, podía dominar las circunstancias y salvar el gravísimo conflicto de la capital, que sin ejército y sin autoridades ofrecía a las malas pesiones propia ocasión de reproducir escenas de sangre y de exterminio en este privilegiado pueblo.

De la decisión de Cáceres pendía la seguridad del presente y la confianza del porvenir para Valencia, que con su ruego pesaba sobre la voluntad del digno valenciano, que ya en bien de su país arriesgó su vida en 1869 para salvar su palabra tranquila y conciliadora a los enardecidos combatientes de las barricadas.

El marqués de Cáceres persistía sin embargo en su empeñada negativa; pero la inmensidad de firmas, que en representación de Valencia entera han aparecido al pie de una notable carta en que se ruega a los individuos dimitentes, que, haciendo abstracción de la política en aras del bien de su país, hagan el sacrificio de auxiliar los trabajos de la Junta, han venido a disipar la resistencia de los que se han visto obligados por el voto de los voluntarios y por el ruego de todas las clases sociales.

La Junta ha quedado constituida tal como la votaron en su buen sentido los voluntarios de la república, y Valencia está perfectamente tranquila y abriga la confianza de que esa tranquilidad será duradera.

Los individuos que constituyen la Junta han considerado que el orden es la primera y más grave necesidad que debe atenderse. A nadie se le ha exigido el sacrificio de sus ideas ni de sus deberes políticos: a todos se les ha impuesto el deber de prescindir de la cuestión política, para atender a la cuestión social.

Con menos descuidados por parte del poder ejecutivo, no hubiera sobrevenido esta complicación; con mayor actividad en la importantísima tarea de constituir el país, se hubiera evitado este conflicto.

Ansiosa Valencia de orden y de buena administración, estamos seguros de que no dará motivo a nuevas perturbaciones. Solo una falta de prudencia, que no nos atrevemos a suponer por parte del Gobierno, podría hoy constituir un nuevo peligro.

Para evitarlo marcharon ayer a Madrid comisionados de la Junta y el pueblo de Valencia, representando a todos los distinguidos de la propiedad, de la banca y del comercio.

Dios quiera que el poder ejecutivo abra sus ojos a la verdad, y comprendiendo y apreciando los sacrificios que se han hecho en Valencia por el orden, secrete y los nobles esfuerzos y afirme la paz de que, a Dios gracias, disfrutamos.

Cubierta con numerosas firmas leemos en *Las Provincias* de Valencia del 22, la carta que se dirigió a los señores marqués de Cáceres, Pérez Pujol, Boix y Fontanals, en nombre de la población de Valencia, no admitiendo su dimisión de los cargos que se les había conferido en la Junta revolucionaria del cantón valenciano. Como esta carta confirma lo que una correspondencia de Valencia que insertamos en otro

lugar, nos dice acerca de la actitud de nuestro digno amigo el señor marqués de Cáceres en esta cuestión, creamos deber reproducirla. Dice así:

«Señores marqués de Cáceres, D. Eduardo Pérez Pujol, D. Vicente Boix, D. Juan Fontanals y demás señores que hayan renunciado el cargo de la junta provisional.

Muy señores nuestros: Los que suscriben, pertenecientes a todas las clases sociales de Valencia, no pueden menos, en las presentes circunstancias, de dirigirse a Vds., impulsados por el más puro patriotismo, seguros de que sus palabras han de encontrar eco en corazones que, como los de Vds., abriguen levantados sentimientos.

Verificado en Valencia un suceso político, cuya apreciación particular cada uno de nosotros se reserva, pero del que colectivamente no debemos permitírnos ni aplausos ni censura, seríamos ingratos si no aplaudieramos que en medio de la tranquilidad, en algunos momentos inevitable, el orden, el respeto al hogar y a la personalidad del ciudadano, hayan sido guardados religiosamente por todos, en especial por los voluntarios, y que al formarse una junta provisional, al par que personas muy dignas llamadas a ella por su significación política, y que abrigamos la convicción sabrán cumplir sus altos deberes como buenos ciudadanos, se hayan elegido otras como representación de las clases todas de nuestra querida Valencia.

Ha venido a menguar esta legítima satisfacción nuestra la noticia de la renuncia de Vds.

Respetamos, señores, las razones de exquisita delicadeza que puedan haber impulsado a Vds. para dimitir los cargos honoríficos para que han sido elegidos, pero creemos que su conocido patriotismo no les permitirá insistir en sus renuncias ante nuestro ruego unánime y la significación que entendemos llenan en la Junta interna del cantón valenciano sus dignísimas personalidades.

En la alusión que dicha Junta ha dirigido a Valencia, se afirma que no se trata de hacer revolución social, ni atentar contra los intereses económicos, ni conculcar los sentimientos religiosos. Esos respetados intereses sociales son comunes a todos los partidos, y Vds., en nuestro concepto coadyuvando las rectas intenciones y reconocida ilustración, y las demás personas que forman la Junta, pueden prestar un puesto de honor servicios incalculables, quedando a salvo su criterio particular, y conservando la Junta toda la tranquilidad y orden público: ayudarán ustedes a resolver las cuestiones económicas, con el levantado espíritu del interés común.

Que Valencia siga siendo el modelo de España y la admiración del mundo; que no influyan las diferentes opiniones políticas de sus hijos en la fraternidad y unión de todas sus clases, y que cualquiera que sea la solución de los conflictos políticos, que estos no alcancen a turbar la tranquilidad del hogar y de la conciencia, ni faltar a que siempre debe ser el lema común, *un país entre los hijos de Valencia*.

Al rogar a Vds., enarecidamente acudan a ese sitio en que su patriotismo puede ser tan útil a Valencia toda, es excusado les reiteremos la más absoluta cooperación de todos los firmantes para servir los intereses comunes de este pueblo, por tantos conceptos digno y merecedor de los mayores sacrificios.

Somos de Vds. atentos y seguros servidores, Q. B. M.—(Siguen las firmas.)

«Señores a quienes se dirige esta carta, añade *Las Provincias*, favorecidos doblemente por la confianza de la Milicia republicana y por la de los elementos pacíficos e independientes de la ciudad, han tenido que aceptar su puesto en la Junta que hoy gobierna al cantón valenciano, y están tomando ya parte en sus tareas.»

EL CANTON DE CADIZ

Dando cuenta nuestro apreciable colega *El Comercio* de Cádiz de los sucesos ocurridos en aquella capital, dice lo siguiente:

«Ayer se ha verificado en Cádiz una verdadera revolución, cuyo objeto se comprende bien, pero que no han tenido por conveniente decir al público sus autores. Todo se ha hecho con tranquilidad completa, sin ruido, sin vivas, sin aclamaciones de guerra, en lo cual hemos ganado mucho, porque al cabo el orden material no se ha alterado en lo más mínimo.

A las seis de la mañana la campana del Ayuntamiento anunciaba al vecindario que algo extraordinario ocurría en la población. Pocos momentos después se tocaba llamada a la Milicia republicana y los batallones se reunían en las inmediaciones del Ayuntamiento. Algo más tarde funcionaba ya, como poder soberano e independiente, un Comité de Salud pública, compuesto de nueve concejales, nueve diputados provinciales, ó igual número de individuos del Círculo republicano de Guillén Martínez.

Asegúrase que este movimiento fué iniciado a consecuencia de un telegrama de Madrid recibido a las tres de la madrugada, en el cual se anunciaba la formación de un ministerio de la derecha de la Asamblea, bajo la presidencia del Sr. Salmerón. Es lo cierto que la noche anterior nadie pensaba aquí en secundar el alzamiento de Cartagena, y hay que creer, por tanto, que algún acontecimiento de otro tal orden es el que indicamos, ha movido a los directores de la política local a emancipar a Cádiz del Gobierno, proclamando de hecho la autonomía del cantón gaditano.

Una vez formado el comité, resignaron sus funciones el gobernador civil y el gobernador militar de la provincia; pero este último fue reintegrado en sus funciones habiéndose adherido al movimiento.

Las oficinas del telegrafo fueron ocupadas por la Milicia, en virtud de órdenes del comité, que trasmitió a todas partes la noticia de lo que aquí había ocurrido. Se ocupó también por la misma Milicia el cuartel de la Guardia civil y parece que fueron desarmados los pocos carabineros que hay en Cádiz, dedicados exclusivamente al servicio de su instituto. La fuerza de artillería del ejército ha sido respetada.

De los pueblos de la provincia se recibieron adhesiones durante el día; pero no sabemos que respondiesen a movimientos análogos que se hubiesen verificado en ellos. Lo que sí parece indudable es que en Sevilla se ha hecho el mismo movimiento, y que allí los intransigentes han robado de pronto el terreno que habían perdido.

En Jerez, según se nos dice, había tranquilidad ayer tarde y la actitud de la tropa que forma la guarnición de aquella ciudad era favorable a la conservación del orden.

De San Fernando las noticias son menos tranquilizadoras. Cuéntase que allí la milicia republicana se había pronunciado en el mismo sentido que en Cádiz; pero el capitán general del departamento se negaba a reconocer la autoridad del comité revolucionario, dando por razón que la autonomía de uno no podía tenerla que ver con la marina, la cual dependía, de todos modos, del poder central. Añádase que el mismo general con el batallón de infantería de marina, y demás fuerzas que se hallan a sus órdenes se había situado en el arsenal, esperando allí las órdenes del Gobierno. Parece que ha habido y hay negociaciones cuyo resultado se ignora a la hora en que escribimos estas líneas.

En Cádiz lo repetimos, la tranquilidad es completa. Poca gente en las calles; ansiedad y tristeza en los espíritus; impaciencia por recibir noticias; mucho movimiento de voluntarios; abatimiento general. Esto es todo lo que hemos advertido durante el día.

Se dijo por la mañana que iban a salir fuerzas populares para San Fernando, con objeto de someter a la marina; pero la noticia no se ha confirmado. Aguardase quizás el resultado de las negociaciones pendientes con el jefe superior del departamento.

El *Boletín Oficial* ha publicado la siguiente: un manifiesto del título «Comité de salud pública de la provincia de Cádiz», dando cuenta del hecho en los términos que nuestros lectores pueden suponer. Lleva al pie bastantes firmas del Ayuntamiento, la Diputación y el mismo comité.

SUCESOS DE ALICANTE

He aquí como los refiere el *Constitucional*, periódico de aquella localidad:

«El domingo 20, a las doce de la mañana recibí aviso el gobernador civil de que tres ó cuatro horas antes había pasado a la vista de Torrevieja, una fragata de guerra con dirección a este punto.

